

se le hace traición y le prenden; el extranjero le saca los ojos, le carga de cadenas y le condena á la más dura esclavitud. En esta situación, encuentra un medio de envolver en ruina común á todos los jefes y á una gran parte de los opresores de su patria. Va á perecer, es verdad; pero ¡qué importa, si ha de salvar su patria con su muerte! ¿Quién no admiraría á este hombre generoso? San Pablo, muy lejos de vituperar la acción de Samsón, le cuenta entre los héroes de la fe que él nos propone por modelos. «El tiempo me faltará, dice, si me pongo á discutir de Gedeón, de Barac, de Samsón, de Jephthé, de David, de Samuel y de los profetas.

»Los cuales por la fe conquistaron reinos, ejercitaron la justicia, alcanzaron las promesas, taparon las bocas de los leones.

»Extinguieron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron de grandes enfermedades, se hicieron valientes en la guerra, desbarataron ejércitos extranjeros.» Así se expresa San Pablo ponderando entre la de otros la conducta de Samsón. Lo que los fenicios, vecinos de la Judea, cuentan de su Hércules, de su fuerza prodigiosa, de su gran valor, de su infortunio, por consecuencia del demasiado apego á una mujer, de su muerte voluntaria, ha sido probablemente tomado de la historia de Samsón. De la Fenicia pasaría á la Grecia, del mismo modo que las letras del alfabeto.

El templo de los filisteos, sostenido por dos columnas, causará admiración al que no conozca, siquiera sea poco, la antigüedad. Se ve en Plinio que un particular de Roma, Cayo Scribanio-Curión, para celebrar los funerales de su padre, mandó construir dos inmensos teatros que giraban respectivamente sobre un solo eje. Durante la mañana, se representaban en cada uno piezas de comedia, y por la tarde, retirando algunas tablas, se hacían girar súbitamente los dos teatros, y reuniéndose sus cuatro extremidades, formaban de esta suerte un anfiteatro, donde se daban combates de gladiadores y se conseguía dar movimiento á la vez á toda la escena y todo el pueblo romano. Esta ciudad sepultada en un abismo, añade Plinio, llena al universo de luto y de espanto; en aquel lugar se encuentra todo el pueblo romano, encerrado, digámoslo así, en dos bajeles, que sostenidos únicamente por dos ejes, mira tranquilo el combate que él mismo libra con peligro de perecer al primer esfuerzo que llegue á desordenar algunas piezas de aquella gigantesca máquina. Shaw ha encontrado en la Barbaria construcciones del mismo género. Ahora bien: ¿podrá causar extrañeza que la Palestina haya tenido en tiempo de Samsón edificios análogos á los que aun se conservan sobre la costa del África, costa que ha sido poblada por

colonias salidas de la Palestina en tiempos muy próximos á Samsón?

Al despedirse de las cuevas de Etham, que nos han recordado los hechos que acabamos de apuntar, en dirección á Belén, el camino va haciéndose cada vez más fragoso; peñas, riscos, soledad completa, penosas subidas y peligrosas bajadas, es lo que aguarda al viajero antes de llegar al lugar de las escenas idílicas de los primeros días de la vida mortal del Hombre-Dios.

A un lado alcánzase á ver en una altura ruinas importantes, confundidas con ellas las de un edificio que se cree haber sido una iglesia de tres naves. Abrense en la roca gran número de sepulturas, y más lejos subsiste el último paredón de una fortaleza, que es lo único que queda en pie entre los escombros á su alrededor amontonados.

Distinguense en aquellas ruinas el sello de diferentes épocas, siendo las más antiguas y mejor conservadas las de los sepulcros. Sígueles en antigüedad la fortaleza que dominaba el camino, y viene después la iglesia, más moderna que la fortaleza; por lo reducido de su ámbito puede colegirse que en la época de su construcción no había de ser muy considerable la población. Opinan varios autores que tales ruinas son lo que queda de la ciudad de Bethsur, *Casa del fuerte*, fortificada que fué por Roboam, quién conoció la importancia estratégica de su situación. Sus moradores contribuyeron á reedificar los muros de Jerusalén. Lysias, gobernador del reino por Antioco el *Joven* puso sitio á Bethsur al frente de un ejército de sesenta y cinco mil hombres, y contra él alcanzó Judas Macabeo, capitaneando únicamente diez mil combatientes, una de sus más portentosas victorias. Muerto Antioco, Eupator, su hijo, envió el siguiente año contra la plaza, al mando también de Lysias, una nueva hueste de cien mil infantes, veinte mil jinetes y treinta y dos elefantes, y Judas, menos afortunado esta vez, hubo de alejarse ante fuerzas tan considerables. La guarnición, agotados los víveres, se rindió por capitulación. El gobernador sirio Bacchides aumentó aun más las fortificaciones de Bethsur, pero esto no impidió que la recobrase Simón Macabeo, después de largo asedio.

Existen poderosas razones para creer que esta ciudad es Betar, último asilo de los judíos en el reinado de Adriano. Los restos de la nación hebrea se habían sublevado capitaneados por Bar-Cocheba, presentándose como el Mesías prometido, y el pueblo que había antepuesto Barrabás á Jesús, lo creyó. Bar-Cocheba, se apoderó de Jerusalén y gran parte de la Judea. Para sofocar Adriano esta terrible insurrección envió á Julio Severo, quien recobró todas las plazas fuertes. Encerróse Bar-Cocheba en la torre de Betar, y después de un asedio de más de tres

años tomaronla los romanos en 136 de nuestra era, y según la tradición hebraica en el día aniversario de la destrucción del templo. Quinientos ochenta mil judíos fueron muertos por los romanos, los demás vendidos como animales, y Judea quedó convertida en desierto. Bar-Cocheba hizo acuñar moneda. Los más ilustres doctores manifestaron que era el Mesías prometido; pero de la tierra que bebió la sangre del Justo una voz se alzó, como se ve, que decía implacable: ¡CAIGA SU SANGRE SOBRE NUESTRAS CABEZAS Y SOBRE LAS DE NUESTROS HIJOS! y la maldición se cumplía. ¡NO TENEMOS OTRO REY QUE EL CÉSAR! y el César reivindicó sus derechos con la espada y el látigo en la mano. Los judíos sucumbieron. Así acabó la nación que acusó á Jesús de titularse CRISTO REY, de haber intentado sublevarla contra los romanos é incitarla á no pagar los impuestos. Justa fué su destrucción, porque cometió todos los crímenes á Jesús injustamente imputados.

En el siglo V, Bethsur no era más que una aldea, acerca de la cual nos dice San Jerónimo: «Bethsur, en la tribu de Judá ó Benjamín, es actualmente el pueblo de Betorón situado á veinte millas de Jerusalén, en el camino de Hebrón; cerca del mismo existía un manantial que brotaba al pie de la montaña. Los hechos de los apóstoles refieren que en esa fuente bautizó Felipe al eunuco de la reina de Candacia.»

Otro sitio importante de aquella comarca es la actual aldea de Beit-Djibrin, que ha sucedido á la antigua ciudad de Eleutherópolis.

Rodeaba y defendía á ésta un muro construído con enormes sillares; los escombros que lo ocultan y por estar destruído en parte impiden conocer el perímetro que ocupaba. El muro tenía un metro de espesor y era defendido por un foso; concluía al Este y Oeste con dos castillos, quedando muy poco del primero. Hoy aquel lugar es un cementerio. Digna de atención una puerta, cuyo dintel es muy semejante á un arco de triunfo de pocas dimensiones. El segundo castillo era de mayores proporciones, construído primitivamente con magníficos sillares; en la época de las Cruzadas reconstruyéronlo los cristianos en proporciones más reducidas, y hay razones para creer que habría sufrido algunas modificaciones al apoderarse los musulmanes de aquel país.

Según atestigua la inscripción arábiga esculpida en la puerta principal, fué repasada otra vez por los mahometanos en el año 958 de la hegira, correspondiente al 1551 de la era cristiana. Actualmente está cayéndose en ruínas dando entrada distintas brechas. Sus ángulos eran defendidos por torres cuadradas y en el lado del Este se levantaban otras dos, distinguiéndose aún dos puertas, obstruídas ambas. La galería de dentro la fortaleza, cuya dirección es de Este á Oeste, es to-

mada por algunos por la nave lateral de una iglesia destruída.

Una tercera parte del lugar ocupado por la ciudad antigua ocupa la población actual, y en todas las casas hay restos antiguos más ó menos destruídos. Las dos terceras partes restantes véense ocupadas hoy día por jardines, plantaciones de tabaco, ruinas y montones de escombros.

Lo más notable que se encuentra en los alrededores de Beit-Djibrin son las excavaciones, que forman una serie de retondas espaciosas, en las cuales se entra por una puerta colosal y reciben luz por varias troneras del vértice. La elegancia de las líneas de estas salas hace reconocer verdadero arte en sus constructores. Al mismo tiempo nos revela que aquellas excavaciones podían servir de morada, y esto se conforma con lo que dice San Jerónimo, esto es, que en la comarca que se extiende de Eleutherópolis á Petra los naturales moraban en cuevas.

El antiguo nombre de Eleutherópolis es Beto-Gabra; así á lo menos lo indican Tolomeo y la tabla de Pentiuger; según otros Bet-Gabra ó Bet-Gebara. Los autores árabes de la Edad Media la llaman Beit-Djibrin. Eleutherópolis fué antes cabeza de partido y sede episcopal. Al apoderarse los Cruzados de aquel territorio, hallaron la ciudad abandonada y tan sólo sus ruínas revelaban su pasada importancia.

A cerca de dos kilómetros de Eleutherópolis, en una aldea llamada Kharbet-Mar-Hauna, encuéntranse los restos de una iglesia, al parecer, bizantina, consagrada á Santa Ana.

El cerro inmediato, que para algunos fué el acrópolis de la antigua Marecheth-Gath, patria que fué del profeta Miqueas, tiene por nombre Tell-Mar-Hauna. En la ladera meridional de este cerro ábrense grandes excavaciones análogas á las de Beit-Djibrin y tenidas como éstas por moradas subterráneas de remota antigüedad. Como las lumbreas superiores hallanse actualmente cegadas, es indispensable proveerse de antorchas para penetrar en ellas. Estrechos pasadizos unen entre sí las diversas y espaciosas salas de que constan.

Hacia poniente, á un kilómetro de distancia, hay una colina cubierta por las ruínas de Merach. De la antigua Maresa, *Marechah*, perteneciente á la tribu de Judá en el distrito de Chephelah, sólo restan montones de escombros, silos, cisternas y excavaciones subterráneas de igual forma que las anteriores. En el libro de Josué, hállase Maresa mencionada; fué posteriormente fortificada por Roboam; tomóla Judas Macabeo en una expedición contra los idumeos, y la conquistó Juan Hyrcano. Devuelta por Pompeyo á sus primitivos moradores, Gabinio la restauró; pero poco después, en el año 33 antes de Jesucristo, fué de-

vastada por los partos. Eusebio nos la presenta en su época como imagen del desierto.

Quebrado sendero en dirección á levante, por entre las montañas de Judá, conduce á Beit-Zacariá, aldea abandonada casi del todo y consistente en unas pocas chozas medio arruinadas, y habitadas por dos ó tres familias. Por entre aquéllas se levanta una mezquita que contiene un sepulcro oculto por los escombros: dicese que se encierran en él los restos de Abu-Zakaria. En la puerta son de notar dos columnas, á lo que parece, procedentes de una iglesia bizantina. Bethzachara se llamó la ciudad que estuvo allí asentada, y en ella estableció Judas Macabeo su cuartel general cuando en el año 163 antes de Jesucristo salió de Jerusalén en auxilio de la plaza de Bethsur, asediada por la formidable hueste de Antíoco Eupator.

Una de las resoluciones de Judas Macabeo, ilustre campeón de su pueblo, quién parecía un león en sus acciones y persiguió á los malvados buscándolos en todas partes, fué libertar á Acra que quedaba todavía en poder del enemigo; pero como era muy fuerte y estaba defendida por una guarnición numerosa y muy abastecida de víveres, previo que la resistencia sería larga. Los judíos apóstatas, impíos los llama la Escritura, refugiados allí, bien persuadidos de que si Judas se apoderaba de ella no les daría cuartel, aconsejaron á los que mandaban la guarnición que dispusiese una salida vigorosa, y que aprovechándose de ella algunos de sus hermanos, pasasen á Antioquía á informar al rey del estado en que se hallaban. En efecto, verificóse la salida, y tuvo los resultados que se habían prometido. Informaron al monarca sirio del riesgo de la plaza, y para conservarla puso en pie un ejército de cien mil infantes, veinte mil caballos, treinta y dos elefantes y trescientos carros armados. Todas estas fuerzas mandadas por el joven príncipe, Antíoco Eupator, y por Lysias, su tío, pusieron sitio á Bethsur. Menelas, sumo sacerdote apóstata, que había acompañado al rey en aquella expedición, confiando sin duda recobrar su dignidad, y tal vez grangear el gobierno de la Judea, hizo todos los esfuerzos imaginables para ganarse su favor, sacrificando á esta esperanza su patria y su religión; pero fué víctima de su conducta criminal. Temiendo Lysias que si este traidor se quedaba en Jerusalén, abusando de su autoridad, promoviese una nueva revolución, ora para hacer de su partido á los judíos, ora con la mira de conservar su poder entre ellos, buscó algún pretexto para hacerle perecer, y le costó poco trabajo hallar acusaciones suficientes para llevarlo al patíbulo; castigo muy merecido, sino por su conducta con An-

tíoco, á lo menos por la que había observado con respecto á su Dios y á sus hermanos.

La muerte de aquel monstruo fué muy grata á los judíos, aunque no ganaron en el cambio. Lysias persuadió al monarca que no era político nombrar soberano sacrificador á ninguno de la familia pontificia, y en consecuencia, esta dignidad que de derecho pertenecía á Onías, hijo del pontífice asesinado en Antioquía, fué dada á Alcima ó Jacima, según Josefo, que aunque de la raza de Aarón fué tan despreciable como su antecesor Onías; resentido de esta injusticia, se fué á Egipto en donde se granjeó el favor de Ptolomeo Philometor y de la reina Cleopatra en tan alto grado, que obtuvo permiso para eregir en Alejandría un templo semejante al de Jerusalén, asegurándose la dignidad de sumo sacrificador para sí y para sus descendientes. Habiéndose Demetrio, heredero legítimo de la corona de Siria, salvado en Roma, donde estuvo mucho tiempo en rehenes, llegado á Antioquía, hizo matar á Antíoco Eupator y á Lysias, y se apoderó del reino. Tal fué el trágico fin de los poderosos con quien tuvo que luchar Judas Macabeo.

Pero la victoria más gloriosa que bajo su dirección y mando alcanzó el pueblo judío contra el ejército de aquéllos, fué quizás la obtenida en el sitio que lleva en el día el nombre de Ked-Beizakaria, al pie de Bethsur. Nos dice la historia que notando Lysias que los judíos se batían como hombres resueltos á vencer ó morir, no se atrevió á presentarles segunda batalla, volviendo en consecuencia á Antioquía para poner en pie un ejército más numeroso.

Tratando de Beth-Zakaria ó Bethzachara, algunos autores se entretienen en investigar cuál entre los veinte y más personajes designados en los libros sagrados con el nombre de Zacarías le dió el nombre, y concluyen confesando ser de todo punto imposible determinarlo. Únicamente puede afirmarse que no pudo ser el padre de San Juan Bautista, llamado también Zacarías, quien dió nombre al lugar que nos ocupa; en cuanto lo llevaba ya mucho antes de su nacimiento.

En un collado yermo y desierto, á tres kilómetros hacia el Este, véanse las ruinas de Beit-Fagur, pueblo antiquísimo, todavía habitado, constando de un corto número de casas de aspecto árabe. Recorriendo la aldea, encuéntranse sillares y cañas de columna que datan de remotos tiempos; por un antiguo canal, roto en varios puntos, atraviesan el valle las aguas del Ain-Pogur, y en las laderas que al mediodía lo limitan aparecen varias sepulturas abiertas en la peña, restos de una pequeña necrópolis muy desmantelada.